



Marise Miranda Freitas.



Nenette de Fulvio Morganti.



Maria Teresa Guile Peixoto.



Bebý Cerquinho.



Doña Teresa Orléans y Braganza, con su madre, la princesa Isabel.



Aida de George Hime.



Danuzia Leão.



Adelaide de Ary de Castro.



Doris Junqueira.

# Belleza de la mujer brasileña

TODO tiene algo de maravilla en el inmenso Brasil, en esta gran cadera geológica del Continente. Desde la geografía a la ornitología, desde la ciudad supercivilizada de Río de Janeiro al misterio impenetrable del río de las Amazonas. Entre el mar Atlántico y el «infierno verde» de su Matto Grosso, al calor tropical y jugoso de sus selvas, de sus verdes cafetales sin fin, de sus grandes ríos calientes y fecundadores, el Brasil ha incubado y desarrollado una civilización moderna y universal. La espuma y la flor de esta civilización es la mujer brasileña. Cristalización de razas diversas que, en el Brasil, como en un gran crisol humano, ha alcanzado una depuración de gracias y perfecciones, difícil de superar. No es por una casualidad que la planta o flor nacional y simbólica del Brasil sea la palmera. Es que de la palmera tiene la mujer brasileña la grácil silueta y el ritmo de su talle cimbreante y aéreo unidos a la gracia de los rostros más perfectos y un personal atractivo —auténtico «sex-

appeal» — que deja prendidos en el hechizo de sus ojos y la dulzura de su voz a cuantos tienen la dicha de contemplarla. Y tiene algo más que todo esto la mujer brasileña. La gracia rítmica y escultural de su cuerpo, la perfección de su rostro, la luminosidad verdaderamente tropical de sus ojos, sus bocas frutales y risueñas; todo está en ellas al servicio de algo superior: su exquisita y depurada espiritualidad. Es proverbial entre los extranjeros que visitan Río, elogiar la delicada belleza y la sensibilidad de las mujeres brasileñas. Al lado de la mulata que baila la «samba», que hoy se ha hecho ritmo internacional, tiene el Brasil la mujer supercivilizada, educada en un ambiente de refinamiento, que deja en el visitante del país el recuerdo imperecedero de una feminidad depurada y exquisita.



Maluh de Oro Preto.



Ivonne Monteiro.



Lea de Alfonsaca